

repugnancia. Estar así allí donde en otro tiempo hasta las flores eran cariñosas, donde los peldaños de la escalinata eran elocuentes, donde todos mis recuerdos revestían de poesía los balcones, los balaustres, las terrazas, los árboles y los panoramas; ser odiado allí donde todo me amaba: no podía soportar este pensamiento. De modo que en seguida tomé un partido. ¡Ay de mí! tal era, pues, la abnegación del amor más vivo que jamás haya sentido el corazón de un hombre. Á los ojos de los extraños, mi conducta iba á ser condenable, pero tenía la aprobación de mi conciencia. Así es cómo terminan los sentimientos más hermosos y los dramas más grandes de la juventud. Salimos todos de madrugada, como yo de Tours para Clochegourde, apoderándonos del mundo, con el corazón ávido de amor; después, cuando nuestras riquezas han pasado por el crisol, cuando estamos mezclados con los hombres y los acontecimientos, todo se empequeñece insensiblemente, encontramos poco oro entre muchas cenizas. ¡He aquí la vida tal cual es: muchas pretensiones, pocas realidades. Medité largo tiempo sobre mí mismo, preguntándome lo que iba á hacer después de un golpe que segaba todas mis flores. Resolví lanzarme á la política y á la ciencia por los senderos tortuosos de la ambición, abandonar á la mujer de mi vida y ser un hombre de Estado, frío y sin pasiones; permanecer fiel á la santa que había amado. Mis meditaciones se alejaban hasta perderse de vista, en tanto que mis ojos permanecían fijos en el magnífico tapiz de los robles dorados, de copas severas y de pies de bronce: me preguntaba si la virtud de Enriqueta no había sido ignorancia, si yo era cul-

pable de su muerte. Luchaba en medio de mis remordimientos. Por fin, á las doce de la mañana de un día de otoño, una de esas últimas sonrisas del cielo, tan hermoso en Turena, leí su carta, que, según su recomendación, no debía leer hasta después de su muerte. ¡Juzga de mis impresiones al leerla!

CARTA DE LA SEÑORA DE MORTSAUF AL VIZCONDE

FÉLIX DE VANDENESSE

«Félix, mi muy amado amigo, ahora debo abrirle mi corazón, más bien para hacerle saber la grandeza de sus obligaciones descubriéndole la profundidad y la gravedad de las llagas que ha abierto usted en él, que para demostrarle cuánto le amo. En el momento en que caigo agobiada por las fatigas del viaje, aniquilada por las heridas recibidas durante el combate, felizmente la mujer ha muerto y la única que ha sobrevivido es la madre. Ahora va usted á saber, querido, cómo ha sido la causa de mis males. Si más tarde me he ofrecido complacientemente á sus golpes, hoy muero de una última herida causada por usted; pero hay excesivas voluptuosidades en sentirse aniquilada por aquél á quien se ama. Pronto, sin duda, los sufrimientos me privarán de mi fuerza, y aprovecho los últimos destellos de mi inteligencia para suplicarle que me reemplace al lado de mis hijos. Le impondría esta carga con autoridad si le amase á usted menos; pero prefiero que salga de usted mismo, por efecto de un arrepentimiento santo, y también como una continuación de mi amor: ¿no estuvo en nosotros

el amor constantemente mezclado de arrepentidas meditaciones y de temores expiatorios? Y, lo sé, nos amaremos siempre. Su falta no es tan funesta para usted á causa de la resonancia que yo le he dado dentro de mí misma. ¿No le había dicho que era celosa hasta morir? Pues bien, muero. Sin embargo, consuélase usted: no hemos faltado á las leyes humanas. La Iglesia, por medio de una de sus voces más puras, me ha dicho que Dios sería indulgente con los que habían inmolado sus inclinaciones naturales por cumplir sus mandatos. Amado mío, sépalo todo, pues no quiero que ignore usted ni uno solo de mis pensamientos. Lo que confiaré á Dios en mis últimos momentos, debe saberlo usted también, usted que es el rey de mi corazón, como Él es el rey del cielo. Hasta aquella fiesta dada al duque de Angulema, la única á que he asistido, el matrimonio me había mantenido en la ignorancia que da al alma de las jóvenes la belleza de los ángeles. Era madre, es verdad; pero el amor no me había rodeado aún de sus placeres permitidos. ¿Cómo he permanecido así? no lo sé, como tampoco sé por qué leyes cambió todo en mí en un instante. ¿Se acuerda usted aun hoy de sus besos? ellos han dominado mi vida, ellos han surcado mi alma; el ardor de su sangre despertó el ardor de la mía; su juventud penetró en mi juventud, sus deseos entraron en mi corazón. Cuando me levanté tan altiva, experimentaba una sensación para la cual no encuentro palabra en ninguna lengua, pues los niños no han encontrado aún la palabra para expresar el enlace de la luz y de sus ojos, ni el beso de la vida en sus labios. Sí, el sonido llegado con el eco, la luz arrojada en las tinieblas, el

movimiento dado al universo, fué por lo menos tan rápido como todas esas cosas; pero mucho más hermoso, porque era la vida del alma! Comprendí que había no sé qué desconocido para mí en el mundo, una fuerza más hermosa que el pensamiento, todos los pensamientos, todas las fuerzas, todo un porvenir en una emoción compartida. Yo no me sentí madre más que á medias. Al caer en mi corazón, aquel rayo despertó en él deseos que dormían sin que yo lo supiese, y adiviné al instante lo que quería decir mi tía cuando me besaba en la frente exclamando: ¡Pobre *Enriqueta!* Al volver á Clochegourde, la primavera, las primeras hojas, el perfume de las flores, las bonitas nubes blancas, el Indre, el cielo, todo me hablaba con un lenguaje hasta entonces desconocido para mí, y que daba á mi alma un poco del movimiento que usted había impreso á mis sentidos. Si ha olvidado usted esos besos, yo al menos no he podido borrarlos de mi mente: ¡muero á causa de ellos! Sí, cada vez que le he visto á usted desde entonces reanimaba todas estas emociones, y el solo presentimiento de su llegada hacía estremecer á todo mi ser. Ni el tiempo ni mi firme voluntad han podido domar esta imperiosa voluptuosidad. Yo me preguntaba involuntariamente: «¿Qué deben ser los placeres?» El cambio de nuestras miradas, los respetuosos besos que depositaba usted en mis manos, mi brazo apoyado en el suyo, su voz impregnada de ternuras, en fin, las menores cosas me conmovían tan violentamente, que casi siempre se nublaban mis ojos y el fragor de los sentidos sublevados zumbaba en mis oídos. ¡Ah! si en aquellos momentos en que yo procuraba redoblar mi frialdad me hu-

biese usted cogido en sus brazos, yo habría muerto de placer. Muchas veces he deseado de usted alguna violencia; pero la oración alejaba de mí estos malos pensamientos. El nombre de usted, pronunciado por mis hijos, me llenaba el corazón de una sangre caliente que coloreaba en seguida mi rostro, y entonces tendía lazos á mi pobre Magdalena para hacérselo pronunciar, tanto amaba el hervor de aquella sensación. ¿Qué le diré? su letra tenía un encanto, miraba sus cartas como se contempla un retrato. Si desde aquel primer día había conquistado usted sobre mí no sé qué fatal poder, comprenderá, amigo mío, que fuese infinito cuando me fué dado leer en su alma. ¡Qué delicias me inundaron al encontrarle tan puro, tan verdadero, dotado de cualidades tan hermosas, capaz de cosas tan grandes, y tan puesto á prueba ya! ¡Hombre y niño, tímido y valiente! ¡Qué alegría cuando nos vi á los dos consagrados por sufrimientos comunes! Después de aquella noche en que nos confiamos el uno al otro, perderle á usted era para mí morir: así, le he conservado á mi lado por egoísmo. La certeza que tuvo el señor de la Berge de la muerte que me causaría el alejamiento de usted, le conmovió mucho, pues leía en mi alma. Juzgó que yo era necesaria á mis hijos y al conde: no me ordenó que le cerrase las puertas de mi casa, porque yo le prometí que permanecería pura de acción y de pensamiento. «El pensamiento es involuntario, me dijo, pero puede permanecer oculto en medio de los suplicios.» «Si pienso, le dije, todo se perderá; sálveme de mí misma. Haga que viva á mi lado y que yo permanezca pura.» El buen anciano, aunque severo, fué indulgente al ver tanta buena

fe. «Puede usted amarle como se ama á un hijo, destinándole su hija», me dijo. Yo acepté valerosamente una vida de sufrimientos para no perderle á usted; y sufrí con amor al ver que estaban uncidos al mismo yugo. ¡Dios mío! he permanecido neutral, fiel á mi marido no dejándole dar ni un solo paso, Félix, en el reino de usted. La grandeza de mis pasiones ha obrado sobre mis facultades, he mirado los tormentos que me infligía el señor de Mortsauf como expiaciones, y los sufría con paciencia para insultar á mis culpables inclinaciones. Antes, estaba dispuesta á murmurar; pero desde que usted permaneció á mi lado, recobré algo de alegría, la que convino al señor de Mortsauf. Sin aquella fuerza que usted me prestaba, haría tiempo que hubiese sucumbido á la vida interior que le he contado. Si ha entrado usted por mucho en mis faltas, también ha entrado por mucho en el cumplimiento de mis deberes. Lo mismo sucedió con mis hijos. Creía haberles privado de algo, y temía no hacer nunca bastante para ellos. Mi vida fué desde entonces un continuo dolor que me complacía. Al sentir que era menos madre, menos mujer honrada, el remordimiento se alojó en mi corazón, y temiendo faltar á mis deberes, he querido constantemente sobrepasarlos. Para no sucumbir, he colocado á Magdalena entre nosotros dos, y les he destinado el uno para el otro, levantando así barreras entre usted y yo. ¡Barreras impotentes! nada podía ahogar los estremecimientos que usted me causaba. Ausente ó presente, tenía usted la misma fuerza. He preferido Magdalena á Santiago, porque Magdalena debía ser para usted. Pero no le cedía á mi hija sin combates. Decíame que yo tenía veintiocho

años cuando le encontré, y que usted apenas tenía veintidós; juntaba las distancias y me entregaba á falsas esperanzas. ¡Oh! Dios mío, Félix, le hago á usted estas revelaciones para evitarle remordimientos y tal vez también con el objeto de hacerle saber que yo no era insensible, que nuestros sufrimientos amorosos eran cruelmente iguales, y que Arabella no tenía ninguna superioridad sobre mí. Era también una de esas jóvenes de la raza caída que tanto aman los hombres. Hubo un momento en que la lucha fué tan terrible, que lloraba todas las noches; mis cabellos caían. ¡Usted los ha poseído todos! Se acordará usted de la enfermedad que tuvo el señor de Mortsauf. La grandeza de alma que demostró usted entonces, en lugar de elevarme, me empuñeció. ¡Ay de mí! desde ese día deseaba entregarme á usted como una recompensa debida á tanto heroísmo; pero esta locura fué corta. La puse á los pies de Dios durante la misa á la cual se negó usted á asistir. La enfermedad de Santiago y los sufrimientos de Magdalena me parecieron amenazas de Dios, que atraía fuertemente hacia sí á la oveja descarriada. Después, mi natural amor por esa inglesa me ha revelado secretos que yo misma ignoraba. Le amaba á usted más de lo que creía amarle. Magdalena ha desaparecido. Las constantes emociones de mi borrascosa vida, los esfuerzos que hacía para domarme á mí misma sin más recurso que la religión, todo ha contribuído á la enfermedad de que muero. Este terrible golpe ha determinado crisis acerca de las cuales he guardado silencio. Véa en la muerte el único desenlace posible de esta tragedia ignorada, que comprendía toda una vida de celos y de rabia

durante los dos meses que han transcurrido entre su llegada y la noticia que me dió mi madre de sus relaciones con lady Dudley. Quería ir á París, tenía sed de venganza, deseaba la muerte de esa mujer y permanecía insensible á las caricias de mis hijos. La oración, que había sido hasta entonces para mí un bálsamo, dejó de actuar sobre mi alma, y los celos abrieron la larga brecha por donde entró la muerte. No obstante, mi frente permaneció serena. Sí, aquella estación de combates fué un secreto entre Dios y yo. Cuando estuve segura de que era amada tanto como yo misma le amaba y que sólo me había traicionado la naturaleza y no el pensamiento, quise vivir. Pero ya era tarde: Dios me había tomado bajo su protección y se había apiadado sin duda de una criatura sincera consigo misma y sincera con él, y cuyos sufrimientos la habían conducido á veces á las puertas del santuario. Mi muy amado mío, Dios me ha juzgado. El señor de Mortsauf tal vez me perdone; pero ¿será usted clemente? ¿Escuchará la voz que sale en este momento de mi tumba? ¿reparará las desgracias de que somos ambos culpables, tal vez yo más que usted? Ya sabe lo que quiero pedirle. Permanezca al lado del señor de Mortsauf como una hermana de la caridad al lado de un enfermo, escúchele, ámele, porque nadie le querrá. Interpóngase entre sus hijos y él como yo lo hacía. Su labor no será de larga duración: Santiago no tardará en abandonar la casa paterna para ir á París al lado de su abuelo, y usted me ha prometido guiarle á través de los escollos de este mundo. Respecto á Magdalena, se casará; ¡ojalá que usted le agrade algún día! es mi propia figura, y

además es fuerte, diestra, penetrante y posee esa fuerza de voluntad que á mí me faltó y esa energía necesaria para ser la compañera de un hombre destinado por su carrera á las tormentas de la vida política. Si su vida de usted y la suya se unen, será más feliz que lo fué su madre. Adquiriendo así el derecho á continuar mi obra en Clochegourde, borrará usted faltas que no habían sido suficientemente expiadas, no obstante haber sido perdonadas por el cielo y por la tierra, pues *él* es generoso y me perdonará. Ya lo ve usted, sigo siendo egoísta; pero ¿no es esto una prueba de un amor despótico? Quiero ser amada por usted en los míos. No habiendo podido ser suya, le lego mis pensamientos y mis deberes. Si me ama usted bastante para obedecerme, si no quiere casarse con Magdalena, véle al menos por el reposo de mi alma haciendo al señor de Mortsauf tan feliz como pueda.

«Adiós, hijo querido de mi corazón, este es el adiós completamente inteligente, lleno aún de vida, el adiós de un alma que tú has llenado de demasiados goces para que puedas sentir el menor remordimiento por la catástrofe que has engendrado. Me permito tutearle, porque creo que usted me ama, pues yo llego al lugar del reposo inmolada por el deber. Dios sabrá mejor que yo si he practicado sus santas leyes con arreglo á sus deseos. Sin duda he vacilado á veces, pero no he caído, y la mejor excusa de mis faltas es la grandeza misma de las seducciones que me han rodeado. El Señor me verá comparecer ante Él con tanto miedo como si hubiera sucumbido. Otra vez adiós. Un adiós semejante al que le di ayer á nuestro hermoso valle, en cuyo seno no

tardaré en descansar y al cual hará usted frecuentes visitas, ¿verdad?

»ENRIQUETA.»

Me sumí en un abismo de reflexiones al percibir las desconocidas profundidades de aquella vida iluminada entonces por esta última llama. Las nubes de mi egoísmo se disiparon. ¿De modo que ella había sufrido tanto como yo, más que yo, porque había muerto? Ella creía que los demás tenían el deber de mostrarse excelentes con su amigo, y había estado tan ciega con su amor, que no había sospechado la enemistad de su hija. Esta última prueba de su ternura me hizo mucho daño. ¡Pobre Enriqueta, que quería legarme Clochegourde y su hija!

Natalia, desde aquel día terrible en que entré por primera vez en un cementerio acompañando los restos mortales de Enriqueta, á quien ya conoces ahora, el sol me pareció menos cálido y menos luminoso, la noche más oscura, el movimiento menos rápido, el pensamiento más torpe. Hay personas á quienes sepultamos en la tierra; pero las hay más particularmente queridas que recibieron nuestro corazón por sudario y cuyo recuerdo ocupa á cada instante nuestras ideas: pensamos en ellas como respiramos, y viven en nosotros obedeciendo á la grata ley de una metempsicosis propia del amor. Un alma vive en mi alma, y cuando hago algún bien, cuando digo alguna palabra hermosa, esta alma habla, se agita; todo lo bueno que pueda haber en mí emana de aquella tumba, como emanan de un lirio los perfumes que embalsaman la atmósfera. La burla,

el mal, todo lo malo que hay en mí proviene de mí mismo. Ahora, cuando mis ojos permanezcan velados por una nube y se fijen en el cielo después de haber contemplado largo tiempo la tierra, cuando mi boca permanezca muda á tus palabras y á tus cuidados, no me preguntes ya más: *¿En qué piensas?*

Querida Natalia, he estado algún tiempo sin escribirte porque mis recuerdos me conmovieron profundamente. Ahora te debo el relato de los acontecimientos que siguieron á aquella catástrofe y que exigen pocas palabras. Cuando una vida no se compone más que de acción y movimiento, pronto está dicho todo; pero cuando ha transcurrido en las regiones más elevadas del alma, su historia es difusa. La carta de Enriqueta hacía brillar una esperanza ante mis ojos. En aquel gran naufragio veía una isla que podía abordar. Vivir en Clochegourde al lado de Magdalena consagrándole mi vida, era un porvenir que satisfacía las ideas que agitaban mi corazón. Pero era preciso conocer los verdaderos pensamientos de Magdalena. Tenía que despedirme del conde, fui á Clochegourde á verle, y le encontré en la terraza. Nos paseamos primero algún rato, hablándome él de la condesa como hombre que conocía la extensión de su pérdida y lo mucho que ésta había de afectar á su vida íntima. Pero después del primer grito de su dolor, se mostró más preocupado por el porvenir que por el presente, y, según me dijo, temía á su hija, que no poseía la dulzura de carácter de su madre. El carácter firme de Magdalena, que unía á las cariñosas cualidades de su madre un no sé qué heroico, asustaba á aquel anciano, que estaba acostumbrado á las ternu-

ras de Enriqueta y que presentía su lucha con un carácter indomable. Pero lo que podía consolarle de esta irreparable pérdida, era la certidumbre de que no tardaría en unirse á su mujer: las agitaciones y las penas de aquellos últimos días habían agravado su enfermedad y despertado antiguos dolores; el combate que se preparaba entre su autoridad de padre y la de su hija, que pasaba á ser dueña de casa, iba á ocasionarle días muy amargos, pues si había podido luchar con su mujer, tendría que ceder ante su hija. Por otra parte, su hijo se iría y su hija se casaría. ¿Qué yerno le tocaría? Aunque hablaba de morir pronto, se sentía solo y sin simpatías.

Durante aquella hora en que me habló de sí mismo pidiéndome amistad en nombre de su mujer, acabó de describir por completo la gran figura del emigrado, uno de los tipos más imponentes de nuestra época. Era en apariencia débil y achacoso; pero la vida parecía desear persistir en él á causa precisamente de sus sobrias costumbres y de sus ocupaciones campestres. En el momento en que escribo vive aún. Aunque Magdalena nos hubiese visto paseando por la terraza, no bajó, llegó á la escalinata y entró en la casa varias veces, á fin de no dejar ver su desprecio. Yo aproveché el momento en que la vi en la escalinata, rogué al conde que subiese al palacio; le dije que tenía que hablar con Magdalena; pretexté, como único medio de verla, una última voluntad que la condesa me había confiado, y el conde fué á buscarla y nos dejó solos en la terraza.

—Querida Magdalena—le dije,—si he de hablarle, ¿no he de hacerlo aquí, donde su madre me escuchó

cuando quiso quejarse más bien de los acontecimientos de la vida que de mí? Conozco sus pensamientos, pero no me condene sin conocer antes los hechos. Mi vida y mi dicha están unidas á estos lugares, ya lo sabe usted, y usted me destierra de ellos con la frialdad que me demuestra después de la amistad fraternal que nos unía, amistad que debiera estrecharse más con los lazos del dolor que nos ha causado una muerte. Querida Magdalena, usted, por quien yo daría al instante la vida sin esperar ninguna recompensa, hasta sin que usted lo sepa, tanto amamos á los hijos de los que nos han protegido en la vida, ignora el proyecto acariciado por su adorable madre durante estos últimos siete años, y que modificaría sin duda sus sentimientos; pero no quiero usar de estas ventajas. Todo lo que imploro de usted es que no me quite el derecho de venir á respirar el aire de esta terraza, y esperar que el tiempo cambie las ideas que tiene usted de la vida social. En este momento me guardaría bien de chocar con ellos, respeto un dolor que la extravía, pues también á mí me priva de juzgar cuerdamente las circunstancias en que me encuentro. La santa que vela en este momento por nosotros, aprobará la reserva que guardo, al mismo tiempo que le ruego solamente que permanezca neutral entre sus sentimientos y yo. La amo á usted demasiado; á pesar de la aversión que usted me demuestra, para explicar al conde un plan que acogería con ardor. Sea usted libre. Más tarde, piense que no conocerá á nadie en el mundo mejor que á mí, que no habrá ningún hombre que tenga en el corazón sentimientos más abnegados...

Hasta aquí, Magdalena me había escuchado con los ojos bajos; pero me detuvo con un gesto.

—Señor—dijo con voz temblorosa por la emoción, —conozco también todos sus pensamientos; pero no cambiaré de sentimientos respecto á usted, y preferiría mejor arrojarme al Indre que unirme á usted. No le hablaré de mí; pero si el nombre de mi madre conserva aún algún poder sobre usted, le ruego, en su nombre, que no venga más á Clochegourde mientras yo viva aquí. La presencia de usted me causa una turbación que no puedo explicar y que no dominaré nunca.

Me saludó con un movimiento lleno de dignidad y subió á Clochegourde, sin volverse, impasible como lo había sido su madre un solo día, pero despiadada.

Aunque tardiamente, el ojo perspicaz de aquella joven lo había adivinado todo en el corazón de su madre, y tal vez su odio contra un hombre que le parecía funesto había engendrado algunas penas acerca de su inocente complicidad. Allí todo era abismo. Magdalena me odiaba, sin querer explicarse si yo era la causa ó la víctima de aquellas desgracias: tal vez nos hubiera odiado igualmente á su madre y á mí si hubiésemos sido felices. De modo que todo estaba destruido en el hermoso edificio de mi dicha. Yo solo debía conocer la vida entera de aquella mujer desconocida, yo solo estaba en el secreto de sus sentimientos; yo solo había recorrido su alma en toda su extensión; ni su madre, ni su padre, ni su marido, ni sus hijos la habían conocido. ¡Cosa rara! Remuevo estas cenizas y me complazco en extenderlas delante de ti; podemos encontrar en ellas algo de nuestras fortunas más queridas.

¡Cuántas familias tienen también su Enriqueta! ¡cuántos nobles seres abandonan la tierra sin haber encontrado un historiador inteligente que haya sondado su corazón, que haya medido su profundidad y su extensión! Esta es la vida humana en toda su desnudez: frecuentemente las madres no conocen á sus hijos, como los hijos no las conocen á ellas; ¡lo mismo sucede con los esposos, con los amantes, con los hermanos! ¿Sabía yo que un día, sobre la tumba de mi mismo padre, pleitearía con Carlos de Vandenesse, con mi hermano, á cuyos ascensos había contribuído yo tanto? Dios mío ¡cuánta enseñanza hay en la historia más sencilla! Cuando Magdalena desapareció por la puerta de la escalinata, volví con el corazón destrozado á decir adiós á mis amigos, y partí para París siguiendo la línea recta del Indre, por la cual había venido por primera vez á aquel valle. Pasé triste á través del bonito pueblo de Pont-de-Ruán. Sin embargo, era rico, la vida política me sonreía, ya no era el peatón fatigado de 1814. En aquella época mi corazón estaba lleno de deseos; hoy mis ojos estaban llenos de lágrimas; antes tenía que llenar una vida; hoy la sentía desierta. Era muy joven, tenía veintinueve años, y mi corazón estaba ya ajado. Unos cuantos años habían bastado para despojar aquel paisaje de su primera magnificencia y para cansarme de la vida. Ahora puedes comprender cuál fué mi emoción cuando, al volverme, vi á Magdalena en la terraza.

Dominado por una imperiosa tristeza, no pensaba ya en el objeto de mi viaje. Lady Dudley estaba muy lejos de mi pensamiento, cuando entré en el patio de su casa sin saberlo. Una vez cometida la tontería, era preciso

sostenerla. Tenía en su casa costumbres conyugales y subí apenado pensando en todas las molestias de una ruptura. Si has comprendido bien el carácter y las costumbres de lady Dudley, imaginarás mi chasco cuando su mayordomo me introdujo vestido de viaje en un salón donde la encontré pomposamente vestida y rodeada de cinco personas. Lord Dudley, uno de los viejos hombres de Estado más considerados de Inglaterra, se mantenía de pie ante la chimenea, grave, ceñudo, frío, con el aire socarrón que tiene que tener en el Congreso, y se sonrió al oír pronunciar mi nombre. Los dos hijos de Arabella, que se parecían prodigiosamente á Enrique de Marsay, y uno de los hijos naturales del anciano lord, que estaba allí sentado en un sofá al lado de la marquesa, estaban cerca de su madre. Arabella, al verme, tomó un aire altivo, fijó sus ojos en mi gorro de viaje como si hubiese querido preguntarme qué iba á hacer á su casa y me miró de pies á cabeza como hubiese hecho con un noble campestre que le hubiesen presentado. Respecto á nuestra intimidad, á aquella pasión eterna, á aquellos juramentos de morir si yo dejaba de amarla, á aquella fantasmagoría de Armida, todo había desaparecido como un sueño. Yo no había estrechado nunca su mano, yo era un extranjero, no me conocía. Á pesar de la sangre fría diplomática á que empezaba á acostumbrarme, me sorprendí, y á otro en mi lugar le hubiese sucedido lo mismo. De Marsay sonreía á sus botas, que examinaba con una afectación singular. En seguida tomé mi partido. De cualquiera otra mujer, hubiese aceptado modestamente una derrota; pero, furioso al ver de pie á la heroína que quería mo-



rir de amor y que se había burlado de la muerte, resolví oponer la impertinencia á la impertinencia. Arabella sabía el desastre de lady Brandón; recordárselo, era darle una puñalada en el corazón, aunque el arma tuviera que embotarse en él.

—Señora—le dije,—me perdonará usted que entre en su casa tan caballerescamente, cuando sepa que llego de Turena, y que lady Brandón me ha encargado para usted un mensaje que no tiene espera. Temía encontrarme con que se había marchado usted para Loncashire; pero, puesto que permanece en París, esperaré sus órdenes y la hora en que se digne recibirme.

Arabella inclinó la cabeza y saltó. Desde ese día, no la he encontrado más que en sociedad, donde cambiamos un saludo amistoso y algunas veces un epigrama. Le hablo de las mujeres inconsolables del Lancashire, y ella me habla de las francesas que hacen honor á su desesperación y á sus enfermedades del estómago. Gracias á estos cuidados, tengo un enemigo mortal en de Marsay, á quien Arabella quiere mucho. Y yo digo que ella se une con las dos generaciones. De suerte que nada faltaba á mi desastre. Seguí el plan que me había fijado durante mi permanencia en Saché. Me entregué al trabajo, me ocupé de las ciencias, de literatura y de política, y entré en la diplomacia cuando el advenimiento de Carlos X, que suprimió el empleo que yo ejercía con el difunto rey. Desde este momento, resolví no fijarme en ninguna mujer, por hermosa, espiritual y amante que fuese. Esta decisión me fué á maravilla: adquirí una tranquilidad de espíritu increíble, gran fuerza para el trabajo, y comprendí todo lo que disipan las

mujeres de nuestra vida creyendo pagarnos con algunas palabras graciosas. Pero todas mis resoluciones fallaron: ya sabes cómo y por qué.

Querida Natalia, contándote mi vida sin reserva y sin artificio, como me la diría á mí mismo; contándote sentimientos en los que tú no entrabas para nada, acaso habré herido alguna de las fibras de tu corazón celoso y delicado; pero lo que enojaría á una mujer vulgar será para ti, estoy seguro de ello, una nueva razón para amarme. Al lado de las almas doloridas y enfermas, las mujeres selectas tienen un papel sublime que representar, el de la hermana de la caridad que cura las heridas, el de la madre que perdona al hijo. Los artistas y los poetas no son los únicos que sufren: los hombres que viven para su país, para el porvenir de las naciones, alargando el círculo de sus pasiones y de sus pensamientos, se crean frecuentemente una cruel soledad. Tienen necesidad de ver á su lado un amor puro y adicto, y cree que comprenden bien la grandeza y el precio de él. Mañana sabré si me he engañado al amarte.

AL SEÑOR CONDE FÉLIX DE VANDENESSE

«Querido conde:

»Recibiste una carta de esa pobre señora de Mortsauf que, según dices, no te ha sido inútil para conducirte en el mundo y á la que debes tu alta fortuna. Permíteme completar tu educación. Por favor, desecha una costumbre detestable; no imites á las viudas que siempre están hablando de su primer marido, que con-

tinuamente echan en cara al segundo las virtudes del primero. Soy francesa, querido conde: quisiera casarme con todo el hombre á quien amase, y no podría, en verdad, casarme con la señora de Mortsauf. Después de haber leído tu relato con la atención que merece—y ya sabes el interés que todo lo tuyo me inspira,—parecíame que has debido aburrir atrozmente á lady Dudley poniéndole delante las perfecciones de la condesa, y á ésta le has hecho mucho daño abrumándola con los encantos del amor inglés. No has tenido tacto conmigo, pobre criatura que no tiene otro mérito que el de gustarte; me has dado á conocer que no te amaba ni como Enriqueta ni como Arabella. Confieso mis imperfecciones, las conozco, pero ¿á qué hacérmelas sentir tan rudamente? ¿Sabes á quién le tengo lástima? Á la cuarta mujer que ames. Esa se verá forzosamente obligada á luchar con tres personas; así es que debo prevenirte, en interés tuyo como suyo, contra el peligro de tu memoria. Yo renuncio á la gloria trabajosa de amarte: necesitaría demasiadas cualidades católicas ó anglicanas, y no me cuido de combatir fantasmas. Las virtudes de la virgen de Clochegourde desesperarían á la mujer más segura de sí misma, y tu amazona intrépida descorazona á los más audaces deseos de dicha. Haga lo que quiera, ninguna mujer puede esperar para ti dichas iguales á su ambición. Ni el corazón ni los sentidos triunfarán jamás sobre tus recuerdos. Has olvidado que nosotros montamos á caballo con frecuencia. No has sabido reavivar el sol entibiado por la muerte de tu santa Enriqueta, y á mi lado sentirías escalofríos. Amigo mío—porque siempre serás mi amigo,—guárdate de

hacer en adelante semejantes confidencias, que presentan al desnudo tu desencanto, que desaniman á la mujer y la hacen dudar de sí misma. El amor, querido conde, sólo vive de la confianza. La mujer que antes de decir una palabra ó de montar á caballo, se preguntase si una celestial Enriqueta no hablaría mejor, ó si una amazona como Arabella no desplegaría más gracias, á esa mujer, tenlo por seguro, le temblarían las piernas y la lengua. Me has hecho entrar en deseos de recibir alguno de tus ramilletes embriagadores, pero ya no los haces. Del mismo modo hay multitud de cosas que ya no te atreves á hacer, pensamientos y goces que no pueden renacer en ti. Ninguna mujer, entiéndelo bien, querrá codearse en tu corazón con la mujer muerta que guardas en él. Me pides que te ame por caridad cristiana: puedo hacer, te lo confieso, una infinidad de cosas por caridad; todo, excepto amar. Estás á veces fastidioso y fastidiado; llamas á tu tristeza melancolía; enhorabuena; pero eres insoportable y das horribles cuidados á la que te ama. He encontrado con demasiada frecuencia entre nosotros dos la tumba de la santa; me he consultado, me conozco, y no quiero morir como ella. Si has fastidiado á lady Dudley, que es una mujer extremadamente distinguida, yo, que no tengo sus furiosos deseos, temo enfriarme más pronto que ella todavía. Suprimamos el amor entre nosotros, porque no puedes disfrutar la felicidad más que entre los muertos, y quedemos amigos; lo quiero. ¡Cómo! ¿has tenido, querido conde, una mujer por extremo adorable, una querida perfecta, que pensaba en tu fortuna, que te ha hecho par de Francia, que te amaba con locura, que no te pedía

sino que le fueras fiel, y la has hecho morir de pena? No conozco monstruosidad mayor. Entre los jóvenes más desgraciados y ardientes que arrastran sus ambiciones por las calles de París, ¿dónde está el que no permanecería sensato diez años para obtener favores que tú no has sabido reconocer? Cuando se es amado así, ¿qué más puede pedirse? ¡Pobre mujer! ¡Cuánto ha sufrido! ¡Y después de haber hecho unas cuantas frases sentimentales, te crees desquitado para con su memorial. He aquí sin duda el pago que á mi ternura le espera. Gracias, conde; no quiero rivales ni más acá ni más allá de la tumba. Cuando se tienen tales crímenes sobre la conciencia, no deben, por lo menos, decirse. Te hice una pregunta imprudente; estaba en mi papel de mujer, de hija de Eva; el tuyo consistía en calcular la respuesta. Debías engañarme, y más tarde te lo hubiese agradecido. ¿No has comprendido, pues, nunca la virtud de los hombres afortunados en amores? ¿No sientes lo generosos que son al jurarnos que no han amado nunca, que aman por primera vez? Tu programa es irrealizable. ¡Que sea á la vez Enriqueta y lady Dudley! pero, amigo mío, ¿no es eso querer unir el agua al fuego? ¿No conoces á las mujeres? Son lo que son y deben tener sus defectos y sus cualidades. Encontraste á lady Dudley demasiado pronto para apreciarla, y lo malo que de ella me dices me parece una venganza de tu vanidad herida; comprendiste á la señora de Mortsauf demasiado tarde, y has castigado en la una el que no fuera la otra; ¿qué me sucedería á mí, que no soy ni la una ni la otra? Te quiero lo bastante para haber reflexionado detenidamente sobre nuestro porvenir, pues

en verdad te quiero mucho. Tu aire de caballero de la Triste Figura me ha interesado siempre profundamente. Crefa en la constancia de las personas melancólicas; pero ignoraba que hubieras matado á tu entrada en el mundo á la más bella y virtuosa de las mujeres. Pues bien; me pregunté qué es lo que te quedaba que hacer, y pensé mucho en ello. Creo, amigo mío, que es preciso que te cases con alguna señora Shandy que no sepa nada del amor ni de las pasiones, que no se inquiete ni por lady Dudley ni por la señora de Mortsauf, que sea muy indiferente en esos momentos de fastidio que tú llamas melancolía, durante los cuales eres divertido como la lluvia, y que sea para ti la hermana de la caridad que pides. En cuanto á amar, á estremecerse por una palabra, á saber esperar la dicha, á darla, á recibirla, á compartir las pequeñas vanidades de la mujer amada, querido conde, renuncia á eso. Has seguido demasiado bien los consejos que tu ángel bueno te dió respecto á las mujeres jóvenes; las has evitado tanto, que no las conoces nada. Ahora es ya tarde para comenzar tus estudios, para aprender á decirnos lo que nos agrada escuchar, para ser grande á tiempo, para adorar nuestras pequeñeces cuando nos place ser pequeñas. No somos tan tontas como crees. Cuando amamos, colocamos sobre todo al hombre escogido. Lo que quebranta nuestra fe en nuestra superioridad, quebranta nuestro amor. Adulándonos, os aduláis á vosotros mismos. Si te importa seguir en la sociedad, gozar del trato de las mujeres, ocúltales todo lo que me has dicho; no les gusta sembrar las flores de su amor en las rocas, ni prodigar sus caricias para vendar un corazón herido.

Todas las mujeres advertirán la sequedad del tuyo y serás siempre un desgraciado. Pocas serán bastante fuertes para decirte esto que yo te digo y bastante buenas para dejarte sin rencor y ofreciéndote su amistad, como hoy lo hace la que se dice tuya amiga afectísima

»NATALIA DE MANERVILLE.»

París, octubre de 1835.

FIN

## NUEVA BIBLIOTECA

Tamaño 11x18 centímetros

á cuatro reales el tomo en rústica  
y seis encuadernado en tela

*Petra M. Gustavo Aimard*

Los cazadores de abejas.—Un tomo de 280 páginas.

Corazón de piedra.—Un tomo de 268 páginas.  
Las noches mejicanas.—Dos tomos: de 244 páginas el 1.º, y 260 el 2.º

*Dante Alighieri*

La Divina Comedia.—Traducción del *Conde de Chestre*.—Tres tomos: el 1.º de 379 páginas; el 2.º 287 páginas, y el 3.º 291 páginas.

*Honorato de Balzac*

El diputado de Arcis.—Un tomo de 342 págs.  
El médico rural.—Un tomo de 244 páginas.  
El cura de aldea.—Un tomo de 259 páginas.  
Los aldeanos.—Un tomo de 316 páginas.  
Ursula Mirouet.—Un tomo de 332 páginas.  
Los chuanes.—Un tomo de 320 páginas.  
Petrilla.—El cura de Tours.—Un tomo de 234 páginas.

Eugenia Grandet.—Un tomo de 259 páginas.  
La piel de zapa.—Un tomo de 289 páginas.  
La investigación de lo absoluto, seguida de Jesucristo en Flandes.—Melmoth reconciliado.—La obra maestra desconocida.—Un tomo de 272 páginas.

La musa del departamento.—El ilustre Gaudissart.—Un tomo de 304 páginas.  
Fisiología del matrimonio.—Un tomo de 320 páginas.

Disgustillos de la vida conyugal.—Un tomo de 231 páginas.

El hijo maldito.—Gambara.—Massimilla Doni.—Un tomo de 264 páginas.

El hogar de un soltero.—Un tomo de 293 págs.  
El contrato de matrimonio.—Un debut en la vida.—Un tomo de 282 páginas.

Una hija de Eva.—Memorias de dos jóvenes casadas.—Un tomo.

Luis Tasso, editor.—Barcelona

● CUATRO REALES EL TOMO EN RÚSTICA Y SEIS ENCUADERNADO ●

● CUATRO REALES EL TOMO EN RÚSTICA Y SEIS ENCUADERNADO ●

*Honorato de Balzac*

- El padre Goriot.—Un tomo.  
 Modesta Miñón.—Un tomo.  
 El lirio en el valle.—Un tomo.

*Ramón de Campoamor*

- Poesías completas.—Dos tomos: de 616 páginas el 1.º, y 553 el 2.º

*Alejandro Dumas (padre)*

- Un lance de amor.—Erminia.—Un tomo de 285 páginas.  
 La bola de nieve.—La nevasca.—Un tomo de 190 páginas.  
 La Paloma.—Adán el pintor calabrés.—Un tomo de 240 páginas.  
 La boca del infierno.—Un tomo de 336 págs.  
 Dios dispone.—Un tomo de 292 páginas.  
 Olimpia.—Un tomo de 279 páginas.  
 Fernanda.—Un tomo de 312 páginas.  
 Las lobas de Machecul.—Dos tomos: de 292 páginas el 1.º, y 304 el 2.º  
 Amaury.—Un tomo de 304 páginas.  
 El capitán Pablo.—Un tomo de 282 páginas.  
 Catalina Blum.—Un tomo de 316 páginas.  
 El hijo del presidiario.—Un tomo de 332 páginas.  
 Paulina.—Pascual Bruno.—Un tomo de 269 páginas.  
 La mujer del collar de terciopelo.—Un tomo de 293 páginas.  
 Cecilia de Marsilly.—Un tomo de 342 páginas.  
 Los tres mosqueteros.—Tres tomos: de 317 páginas el 1.º, 314 el 2.º y 315 el 3.º  
 Veinte años después.—Tres tomos: de 404 páginas el 1.º, 404 el 2.º y 398 el 3.º  
 El Vizconde de Bragelona.—Seis tomos: de 342 páginas el 1.º, 310 el 2.º, 316 el 3.º, 328 el 4.º, 320 el 5.º y 312 el 6.º  
 Una noche en Florencia.—Un tomo de 232 páginas.  
 Acté.—Un tomo de 277 páginas.  
 Los hermanos corsos.—Otón el arquero.—Un tomo de 271 páginas.  
 Sultaneta.—Un tomo de 277 páginas.  
 El maestro de armas.—Un tomo de 354 págs.

Luis Tasso, editor.—Barcelona



